

sido la causa de que Héctor Rojas Herazo se encuentre en España. El director de esta revista, comparte con el autor de *Celia se pudre* una devoción por César Vallejo que les ha unido, desembocando para Rojas Herazo en una necesidad como el encuentro con la Madre Patria y sus gentes, un lugar a donde un hispanoamericano no llega de visita, sino al que regresa, como se ha dicho, y comprobado, en innumerables ocasiones. Para Rojas Herazo, España es el solar de sus mayores y la capital del idioma en el que escribe. Aunque la lectura de obras de todo tipo esté pasando por mal momento en España, este país es excelente plataforma para lanzar una obra literaria a todos los ámbitos del idioma. Rojas Herazo se queja de su país, diciendo que en Colombia no hay editoriales sino imprentas y que así es imposible llegar a donde se quiere. Y la necesidad estriba en la comunión, ese estar a solas con el lector para contarle obsesiones por ejemplo, obsesiones poetizadas, como el caso de *Celia se pudre*. Relato de obsesiones que vayan más allá del círculo de amigos o hermanos literarios y que posibiliten algo más que una invención. Rojas Herazo acierta cuando dice que «uno está inventado en muchos aspectos por los amigos», cuando recuerda su primera exposición en la Casa del Periodista en Cartagena (Colombia). En España ha tenido también sus inventores. Félix Grande y Luis Rosales han colaborado en esa alquimia y el producto no es malo, por lo que se lee y se ve.

El problema de la extensión de *Celia se pudre* no lo sería tanto, si Rojas Herazo ocupara el lugar en el mundo hispanoamericano que le corresponde con justicia. Hablar en Colombia de él significa lo mismo que si en España se le pregunta a alguien por la calle, oiga usted, ¿sabe quién es Gonzalo Torrente Ballester o Camilo José Cela? Pero los «ojeadores» del *boom* famoso, se dejaron en el tintero a buena parte de escritores y con Colombia sucedió lo peor. Acaso porque la única ciudad del país que les sonaba era Bogotá y allí en ese momento no había nadie con la suficiente entidad como para imprimir su nombre en las letras de molde europeas. Ya García Márquez se las componía por sí solo para subirse al carro del *boom*. Pero en la Costa Atlántica colombiana había autores que con seguridad no habrían desmerecido tan cálida atención. Desde hacía años se venía incubando el famoso grupo de Barranquilla que dio nombres como el de García Márquez, Alvaro Cepeda Zamudio y el mismo Héctor Rojas Herazo. Grupo que se venía reuniendo en el Café Colombia y que era frecuentado por intelectuales de la talla de Ramón Manrique, escritor y periodista interiorano, que ejercía una especie de decanatura en el grupo de jóvenes talentosos y al que los costeños perdonaban su procedencia, no siendo éste el único episodio de buen entendimiento entre colombianos, pues las fuerzas vivas del país aspiran a ello, al margen de la ceguera oficial. Pero llegó un momento que el ámbito geográfico de Rojas Herazo se hizo demasiado chico y tuvo que trasladarse a Bogotá aunque de un modo no definitivo. Allí editó sus primeros libros e hizo varias exposiciones. Pero, no obstante, fue invisible para los detectores del *boom* y las imprentas colombianas nunca han tenido el complejo de editoriales, como para ver que más allá de las fronteras también hay gente que lee en el idioma y que puede comprar libros.

En opinión de Héctor Rojas Herazo, el *boom* no es tan malo como lo pintan pues ha revitalizado la atención mundial sobre el idioma. Esperemos que *Celia se pudre* esté llegando al lector español con la facilidad que merece y que quede como lo propuesto

arriba, como libro de consulta poética, buen ejercicio para practicar el recuerdo y por qué no, la obsesión, motor del espíritu. Carlos Marx se refería a la violencia como la partera de la historia, o sea que los cambios en la humanidad tenían que venir de la mano de eventos profundamente violentos para que llegaran a materializarse. La obsesión puede impulsar al individuo a moverse y no solamente en lo físico sino en lo intelectual. Puede la obsesión también convertirse en partera de la historia, con mejores mañas que la violencia, ya que tiene la capacidad de modular voluntades, mientras que la otra ciega y enloquece.

Si Colombia viene a desfilarse por las páginas de esta novela y son éstas un excelente acercamiento a la vida del país para aquel que tenga poca noción acerca de él, también está invitada la humanidad, pues quitándole el nombre de Colombia a la nación, cualquier otra puede servir de arquetipo, haciendo lógica abstracción de la mención paisajística. Simplemente porque personajes y situación están contruidos de carne y hueso, a los que el hálito del poema no es ajeno. Y a este mágico conjuro estamos convidados todos, costeños e interioranos, colombianos o no.

Miguel Manrique

Antonio Machado, a tres bandas

La bibliografía sobre Antonio Machado ha ido desarrollándose, desde la década de los cuarenta hasta hoy, con ritmo de constante crecimiento, sin acelerones asombrosos y sin pausas indicativas de retorno a la oscuridad siquiera relativa. Podríamos distinguir varias fases en esa presencia, biográfica o analítica, de un nombre ya de sobra clásico. La primera fue la del intento de recobrar para todos una figura signada como pocas por la tragedia de la guerra civil. Entonces, el prólogo de Dionisio Ridruejo a las *Poesías completas*, aunque con palmarios desenfoces, sirvió para que el rescatado no pasara al índice de los malditos. El número de *Cuadernos Hispanoamericanos* fue un importante refuerzo de esa misma intención.

Después llegaría el momento de los libros biográficos y, también, de los que, apoyándose sobre todo en la obra machadiana última, la que firmó casi siempre Juan de Mairena, mostraron al radicalmente adscrito a la causa republicana, atisbador de algunos de los nuevos rumbos que hubo de seguir la poesía durante el período de posguerra, aunque don Antonio siempre guardase su ropa; es decir, lo que él llamaba su

«disconformidad con los poetas del día», desde los años veinte en adelante. Machado ocupó un lugar entre los símbolos históricos. Su persona y su vida, con tanto de conmovedoras, primaron, por lo común, sobre el estudio a fondo de su obra desprendida de la anécdota vital que, en su caso y en otros, resulta inseparable de la escritura.

Ahora, en poco tiempo, aparecen tres libros que abordan lo machadiano desde plurales perspectivas. Estos son, por orden cronológico, *Razón, sueño y realidad en Antonio Machado*, de Santiago Pérez Gago;¹ *Antonio Machado, poeta del exilio*,² de Monique Alonso, con quien colabora Antonio Tello; y *Una poética para Antonio Machado*,³ de Ricardo Gullón.

El primero de estos volúmenes lleva como subtítulo *niveles de percepción estética en la semántica sueño de Antonio Machado*. Mariano Álvarez, en un breve prólogo, nos avisa sobre algunas sorpresas hallables en él: la del lenguaje y la del sentido filosófico de la interpretación (entroncada al pensamiento de Heidegger y Gadamer). En efecto, se trata de un punto de vista y una técnica inusuales que se fundan, rigurosamente, en los términos anunciados y, mediante sucesivos calados, nos introducen en aspectos cardinales del mundo del poeta. Su arranque es el mito de Orpheo, pues «el hombre y la palabra tienen hundida en lo oculto su razón esencial, radicación de su ser». Antonio Machado, por conducto de su heterónimo Juan de Mairena, insistió en la «heterogeneidad del ser», y esa dobladura ontológica sería piedra básica, nunca olvidada, de sus reflexiones. De ahí resultaron diversas antinomias: yo-tú; corazón-razón; esperanza-desesperanza de Dios; canto-cuento; romántico-clásico; melancolía-energía; tiempo dentro-tiempo fuera; memoria-recuerdo, etcétera. Esos confrontes se reflejaron en la conciencia, dividida por una suerte de doble espejismo de la objetividad y la subjetividad.

Santiago Pérez Gago fija los siguientes puntos: el sueño como símbolo de la lírica universal; la conciencia poética centrada en «la luz que no ve aquello que ilumina, y el del ojo que ve siempre lo que no es su ser»; el sueño que nos reviste de nuestra identidad; el irracionalismo religioso; la intuición y la libertad; la poesía como plenitud del recuerdo y lo adivinado; el camino que se percibe como sentido interior a la búsqueda de un mundo de esencias. Tras estas coordenadas, el autor hace del sueño vértice de la obra machadiana. Esa palabra se usa en trescientos diecisiete casos: «el sueño no es más que la animación lírica del mundo, desde una perspectiva de distancia y ausencia». Sueño equivale a poema. Otros elementos expresivos son aquí rastreados: el agua y los espejos. Se subraya lo que distingue el dormir del soñar, o viceversa.

La parte tercera aborda el «sueño poético», cuyo ámbito revela cómo Machado aspira a la unidad trascendente y cree que «lo más íntimo es lo más universal», y de esta evidencia se deriva la noción de «misterio», unida al entusiasmo platónico del poeta ante

¹ Santiago Pérez Gago, *Razón, sueño y realidad en Antonio Machado. Prólogo de Santiago Álvarez*. Ediciones Universidad de Salamanca. Editorial San Esteban, 1984; 386 páginas.

² Monique Alonso (con la colaboración de Antonio Tello), *Antonio Machado, poeta en el exilio (prólogo de Carmen Conde)*. *Anthropos, Editorial del Hombre*. Barcelona, 1985; 530 páginas.

³ Ricardo Gullón, *Una poética para Antonio Machado. Selecciones Austral*. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1986.